

## PALOMAS INQUIETAS

*Manos delgadas, con dedos finos y estilizados  
como estirándose para alcanzar algo todo el tiempo,  
dedos embellecidos con múltiples anillos, uñas cuidadas, esmaltadas.  
Manos suaves, tersas, ávidas de aprender, de husmear, de explorar.  
Manos de mujer madre, de mujer artista, manos de abuela,  
manos que están todo el día en movimiento expresando, dirigiendo.  
Manos inquietas que no pueden detenerse salvo cuando duermen.  
Manos que expresan, que hablan por sí solas.  
Son mis manos.*

*Manos callosas, grandes, de enormes dedos,  
manos curtidas por el trabajo, duro trabajo de albañil,  
manos que fueron envejeciendo dignamente,  
que acariciaron poco pero acompañaron mucho,  
manos que por momentos se levantaron marcándonos el buen camino.  
Manos que hoy ya no puedo tocar porque se fueron a otro mundo,  
pero que desde donde están siguen acariciando y acompañando.  
Fueron las manos de mi padre.*

*Manos hacendosas, preparando ricas comidas, postres exquisitos.  
Prodigando calor en los días de invierno cuando tejían esos pulóveres abrigaditos.  
Manos que siempre estaban prontas a servirte un café mientras compartíamos una charla.  
Que acunaron a los nietos, a'nque al biznieto.  
Manos que se arrugaban cuando pasaban horas lavando ropa.  
Manos toscas, no tan cuidadas, manos de ama de casa.  
Las manos de mi madre.*

*Manitas chiquitas, inquietas, suaves, tersas, perfumadas. Sucias a veces de estar haciendo  
castillos en la arena de la playa, o jugando a la pelota en el potrero de la esquina.  
Manitos que me toman y dicen vení abuela, mirá esto y aquello.  
Manitas que manejan nervioso el teclado de la computadora para ganar al video juego.  
Manitas que toman un lápiz y dibujan, y me regalan ese tesoro estampado en el papel.  
Que me abrazan fuertemente mientras me dice: te amo, te extrañé.  
Manitas que derraman ternura en cada cosa que tocan.  
Las manos de mi nieto Santiago.*

Las manos... ¡Qué importantes son ellas! ¿Se han dado cuenta de todo lo que podemos hacer con ellas? Podemos dar las caricias más dulces, pintar los cuadros más bellos, aplaudir a rabiar a tu equipo de fútbol favorito, tocar las melodías más bellas en el piano de la abuela. Las manos, esas dos palomas que en mi caso no se quedan quietas ni un minuto. Todo el tiempo, desde que me levanto hasta que me acuesto, están en movimiento.

Durante muchos años las tuve como algo importante en mi cuerpo pero sin darle todo el sentido que ellas hoy, a mis cincuenta y dos años, representan en verdad para mí.

Fue hace dos años atrás cuando en mi mente se produjo una gran transformación, y me dije:

–Sandra... y ¿si le das un respiro a tu cerebro y le ponés protagonismo a tus manos? -y eso hice.

Comencé a buscar una profesora de pintura; toda mi vida soñé con sentarme frente a un caballete y pintar lo que mis ojos me mostraban, pero me decía, no si no sabés ni dibujar ni pintar, pero... eso cambió. Como les contaba busqué la profesora de pintura, y adivinen que: hoy, después de dos años de haber empezado, ya me largué sola y pinto cuadros de todo tipo, con mucho color y a todos les pongo mi impronta y soy feliz, y eso lo hago con mis manos. Todavía no sé dibujar, pero hoy con toda la tecnología no lo necesito, existen las fotocopias y las ampliaciones, y los papeles carbónicos para transferir mis imágenes. Pero eso no fue todo lo que empecé a experimentar con mis largas y bellas manos; no señor. Un día conocí a una personita que me invitó a tejer mandalas con lanitas de colores y palitos de brochete. Y desde entonces cuando estoy con mi espíritu agitado o algo nostálgica, me siento en un cómodo sillón, tomo mi bolso de lanas de múltiples colores y empiezo a darle vueltas y más vueltas entre esos palitos hasta que queda plasmado un dibujo hermosísimo de estrellas, cuadrados, rombos, lo que quieras y luego lo cuelgo en un lugar elegido a propósito para ello o lo regalo a mis afectos queridos; porque dicen que los mandalas hay que regalarlos como deseo de buen augurio. Mi casa está llena de los trabajos que mis inquietas manos han hecho: cuadros, mandalas, muebles pintados y restaurados por mí, ah sí, no les conté, también mis manos aprendieron a hacer eso: a pintar paredes y muebles.

Qué miedo tenía cuando me dije voy a probar a pintar mi casa, si todos lo hacen no puede ser tannnn difícil ¿verdad? Y saben qué, no lo fue y me encantó ponerle mi impronta también a las paredes de mi casa y lo disfruté muchísimo, y eso lo hicieron estas dos haditas mágicas, que por mucho tiempo pensé que sólo servían para preparar el desayuno y teclear textos en el trabajo o en la universidad.

Pero creo que no estoy mirando muy bien... o solo estoy mirando esta parte de mi vida, la de la artista, la que me tiene emocionada, y creo que en honor a la verdad no estoy siendo justa con ellas, pobrecitas, porque durante mis cincuenta y dos años de vida ellas han hecho realmente cosas bellas e importantes.

Por ejemplo, recuerdo cuando tenía casi siete años, ellas se unían a esas manos enormes que les conté, las de mi papá, y caminábamos felices. Y recuerdo que me paseaba con ese señor buen mozo, diciendo que era mi novio.

También esas manos intentaron un día tejer un pulóver, ayudadas por las manos de mi mamá, que ya les dije que amaba hacer eso: tejer, pero la pobre no tuvo éxito, mis pulóveres o

se ensanchaban por un lado o se encogían por el otro, jajaaja, era muy divertido. Lo importante era compartir tiempo con mi mami, que de eso tuve un montón.

También estas manitos, cuando ella enfermó y ya no pudo hacerlo, cocinaron su comida, y eso que no son muy buenas cocineras, pero se la bancaron bien. Sí, creo que han hecho mucho más que pintar cuadros y tejer mandalas. Han dado caricias a granel a dos niños, mis hijos, han abrazado, peinado trenzas, jugado a la ronda, ayudado a las tareas escolares, los han acompañado en sus primeros pasos, sus primeras comidas y también los han abrazado fuerte, fuerte, cuando se fueron a estudiar y allí empezaron a formar su vida. Y un día, hace cuatro años atrás, estas manos volvieron a cambiar pañales, a preparar mamaderas, acunar al ritmo del arrorró, acompañar los primeros pasitos, jugar con la pelota, dibujar, dar vuelta los libros de cuentos cada noche antes de dormir hasta llegar al “colorín colorado esta historia se ha acabado”, y a jugar a las manitas con una canción inventada mientras escucho las risas divinas de Santiaguito, mi nieto. Y como lo hicieron con mis niños, cuando eran pequeños, estas manos hoy también se unen a esas manitas pequeñas y sucias que me dicen: “abuela vení vamos a jugar...”.

Sí, mis manos, hicieron, hacen y seguirán haciendo mucho porque en ellas están expresadas todas mis emociones. Con ellas yo siento que hablo y de ellas salen las cosas más lindas de mi existencia. Y nunca más voy a poner en dudas que con ellas no pueda hacer todo lo que me proponga y más. Hoy por ejemplo se complotaron con mi mente y están felices tecleando enérgicas en la computadora para llevarles a ustedes esta historia que espero les guste.